

¿Y has visto cuando la planta se arranca ó él la suelta, cómo el infeliz cae rodando y se hunde más en aquel precipicio? Pues eso mismo le pasó á Inés. Para eso le sirvió el auxilio que Dios le proporcionó, mediante aquel buen religioso del Loreto, que fué el primer director de su conciencia.

Pero dejémonos de reflexiones y sigamos nuestra historia.



CAPITULO XV

Un sueño y una realidad.

SABIDA cosa es, que Dios nuestro Señor reúne en sí las perfecciones de las criaturas todas, y todos los títulos de amor y veneración que en ellas hay. Por eso los libros santos nos lo pintan, ya como un padre que recibe con los brazos abiertos al hijo pródigo y desagradecido, de quien sólo recibió ingraticudes y desprecios; ya como un pastor amante que busca solícito la oveja perdida, alegrándose y regocijándose cuando la encuentra; ó bien como un esposo enamorado, que llama de noche á la puerta de su amada, esperando sentado en los umbrales á que ella le abra, dando un golpe y otro, y una aldabada y otra, hasta que conoce claramente que la ingrata le oye y no le quiere responder; y entonces se marcha entristecido, no tanto por el desaire sufrido, como por los bienes que pierde el alma necia

que no lo quiso recibir en su morada. Pues de esta manera llamaba el Esposo divino á las puertas de Inés con santas inspiraciones, enviándole una gracia tras de otra para vencer la resistencia de aquel corazón ingrato. Una de las mayores gracias que le envió fué el misterioso sueño que vamos á referir.

Habíase acostado Inés cierta noche pensando en los días de su infancia y en su vida de colegio; se acordó de las dulces horas que pasaba entonces en oración delante del Sagrario, y con este pensamiento se durmió. Estando ya la noche muy adelantada, parecióle en sueño que veía una magnífica Iglesia gótica, alumbrada solamente por dos grandes lámparas, cuyos pálidos reflejos pintaban en lo alto de la bóveda imágenes y sombras tremulentas. El silencio y el pavor reinaba en sus anchurosas naves, y alrededor del Sagrario, formando semicírculos concéntricos, había un coro de serafines, adorando extáticos al Dios del amor. Jesucristo aparecía en la Sagrada forma lleno de majestad y rodeado de vírgenes puras, cual lo vió San Juan en su Apocalipsis. Con ellas conversaba familiarmente, quejándose con grandísima amargura y profundo sentimiento de las ingratitudes de Inés, la cual percibía en sus oídos la voz del Salvador triste y amorosa, co-

mo si fuera un suspiro de la brisa que se pierde entre las flores.

“Yo la elegí para mí, decía suspirando; yo la elegí para mí y la desposé conmigo, prometiéndole días de ventura y hermosísimos amores: yo la llevé al retiro de mis jardines para que, arrullada por la brisa y acariciada por las flores, sólo pensara en amarme. ¡Cuántas horas de goces celestiales, cuántos días de placer divino le hizo experimentar mi corazón tierno, al suyo ingrato! Ella era mi amada, mi electa, y es hoy . . . ¡ay! cómo está la que dijo á mi corazón: ¡te amaré eternamente! Ella vivió para mí, yo para ella; y rebosando de júbilo vimos pasar los días llenos de amor y ventura; mas ahora . . . mi corazón llora sin consuelo porque ha perdido á la que eligió para sí. ¡Llorad conmigo, vírgenes puras, de mi corazón enamoradas! Y vosotros, ángeles del consuelo, tristes mensajeros de mis penas, recoged estos suspiros, id al borde del lecho donde la perjura duerme, y murmurad á su oído una palabra de perdón.”

Soñando y todo como estaba, sintió Inés que su corazón se partía de pena; y más cuando le pareció que la voz de Jesús lánguida, triste y amorosa se dirigía á ella, diciéndole: ¡Ingrata! ¿Es posible que tan pronto se borran de tu memoria los dulces recuerdos de me-

jores días? ¿Es posible que olvidaras al amante que te dió las horas más felices de la vida? ¿No recuerdas qué dichosos volaban los días en torno nuestro, cuando millares de espíritus purísimos nos contemplaban en nuestros primeros amores? Las flores de mi cariño brotaban para tí blancas y puras, como la azucena; ninguna de ellas tuvo jamás una espina que te lastimara. Pues entonces, hija de Eva, ¿por qué has huído del ser que tanto te amaba?.....

Sí, te amaba, y tú bebías en mis ojos la luz, y la vida en mi alma, y el amor en el foco perenne que arde dentro de mi corazón. Entonces eras dichosa; y el pesar no amargaba tu pecho, ni la pena turbaba tu sueño placentero. Pues, ¡ingrata! ¿por qué me abandonaste? ¿por qué me has dejado? Si una joven mundana, si una de las hijas de Edon me hubiera menospreciado, me sería más tolerable; pero tú, hija de Sión, escogida entre millares, alimentada con mi cuerpo, y elegida para ser mi paloma; tú, mi amiga, mi amada, mi esposa, ¡tú dejarme por otro! ¡oh! esto es insufrible para mi amante corazón. ¿Por qué tanto desvió? ¿por qué tan grave injuria? ¿Qué te hice yo para que así me abandonararas?.....

¿No te acuerdas de aquellos días de fervor, cuando en el Santuario andába-

mos á porfía, yo á darte pruebas de amor, y tú á corresponder á ellas? ¿No te acuerdas de aquellas lágrimas tan dulces que yo te daba, y de aquellos tiernos suspiros que tú en retorno me volvías? ¿No recuerdas las promesas de serme siempre fiel y amarme con toda el alma? ¿Pues qué se ha hecho tu palabra? ¿Qué motivos te dí yo, para tanta ingratitud? ¿Qué te hice, para que dejaras de amarme?

¿No te acuerdas, pobrecilla, cuando sentada á mi mesa, gustabas las dulzuras del amor divino? ¿No recuerdas cuando te arrojabas en mis brazos y yo te estrechaba sobre mi corazón santo, embriagándote en sus purísimos amores? ¿Quieres que tornen los días de ventura, que vuelvan las dichas pasadas, viviendo el uno para el otro, yo en tu corazón, y tú en el mío? ¿Ni una reprensión tendrá para sí este corazón que tanto te ama; ni un reproche para los días de tu infortunio, ni un recuerdo para el tiempo de tu desgracia?.... ¡Ven, pues, hija mía, ven! ¿A qué aguardas? Ven, que bastante tiempo te he esperado.....

Al oír estas últimas palabras, Inés hizo un ademán para á echar á correr y unirse al coro de las vírgenes; pero sintió que una mano fuerte, como tornillo de hierro, la detenía sin dejarla partir:

entonces vió brillar veloz como un relámpago el reflejo de una espada, que descargó un terrible golpe sobre el brazo, que la detenía, haciéndole soltar la presa, y quedando él como rama desgajada del tronco. Al susto de aquel golpe y de aquel brazo mutilado, despertó Inés toda espantada, y no volvió á dormirse más en toda la noche. Las palabras que Jesús le dijo en sueños habían herido su corazón, la había impresionado hondamente, y tenían una explicación sumamente fácil: pero aquella mano, aquella espada, aquel brazo mutilado, ¿que podía significar todo eso?

En esto pensaba Inés sin poder conciliar el sueño; pensando en esto se levantó, y esto mismo tenía presente, cuando después de almorzar trajeron á su casa la fatal noticia de que el Condesito se había caído del caballo y se había roto el brazo por dos partes: por la muñeca y por junto al hombro. Púsose primero encarnada como la grana, luego pálida como la cera, y se retiró á su cuarto sollozando: ¡Dios mío, no lo castigéis que no es suya la culpa, sino mía! Ahora comprendo lo que significa aquel brazo mutilado por la espada de tu justicia, ¡Perdón, Señor! y míralo con piedad que él es inocente.

En los grandes desastres y en los tris-

tes acontecimientos de la vida el alma verdaderamente cristiana adquiere de repente una intuición maravillosa, una percepción clarísima y una conciencia cierta de la causa moral que los produce; y esa causa aparece á los ojos del alma con toda evidencia, y se presenta como es en sí, despojada de todos los disfraces y de toda la hojarasca con que nosotros intentamos desfigurarla á nuestros propios ojos. Inés adquirió entonces la íntima persuasión de que ella y sólo ella era la causa de aquella fatal desgracia, y se acordó de estas palabras de la carta que su director le envió: "Escarmienta en cabeza ajena, si no quieres presenciar tu desdicha, viendo agostado tu vergel, seca y muerta la flor de tus amores." Entonces conoció con mayor viveza que nunca, qué debía ser toda de Dios y solamente de Dios, y que no podía pertenecer á nadie en la tierra, sin exponerlo y exponerse á un evidente castigo. Llevada de este pensamiento, tomó desde aquel instante una resolución irrevocable, y se tranquilizó, sin exhalar una queja, ni dar un solo suspiro, ni hacer una plegaria, como si tuviera en su mano la salud de José.

Este pasó tres ó cuatro días sin notable alteración. Al quinto observó su médico de cabecera que aparecían unas manchitas cárdenas en la rotura que

tenía el brazo cerca del hombro. Temió que la cangrena se presentara y pidió consulta de médicos, los cuales opinaron que se debía cortar el brazo, si se quería salvar la vida de José, antes que la cangrena se apoderara del pecho.

Cuando Inés lo supo, sintió en su corazón un remordimiento agudo, como si fuera ella un criminal que daba muerte al ser que más amaba. Sin poderlo resistir, tomó la mantilla y se fué á casa de la condesa satisfecha y tranquila, como si conociera el antídoto que curaría aquella enfermedad mortal. Abrazó á Concepción, que estaba llorando, besó á su madre, consoló á las dos, y dijo que quería hablar á solas con José. La condesa lo rehusó, alegando que el médico había prevenido que el enfermo no hablara con nadie; y mucho menos de hablara con personas que le pudieran emocionar. Inés repuso muy serena que llevaba el remedio para curar á José radicalmente sin peligro de su vida. Había tanta serenidad en aquel semblante y tal afirmación en aquellas palabras, que la condesa la condujo á la alcoba de su hijo, quedándose cerca de la puerta, á conveniente distancia.

Estaba él recostado en una ancha butaca, hecho todo una lástima, el semblante pálido y el brazo entablillado y ligado, sin poderlo mover. Al sentir pa-

sos abrió los ojos y se encontró frente á frente con los de Inés: se miraron un momento fijamente y con aquella mirada se penetraron las dos almas, y cada una vió lo que pasaba en el interior de la otra. Hubo un momento de solemne silencio que interrumpió Inés, diciendo:

—Perdóname José; yo sola he sido la causa de tu mal.

—No, Inés, perdóname tú el haberte querido quitar la dicha de ser toda de Dios y exclusivamente de Dios.

—Si yo no te hubiera dado motivo, no hubieras tú pretendido nunca semejante cosa.

—Nó Inés, la culpa es mía; lo que sufro es pena de mi pecado.

—¿De qué pecado?

—Escúchalo: iba yo montado en el caballo, y pensando en tí; cuando me saltó la idea de que podías de nuevo querer ser religiosa: y como te amaba apasionadamente

—¿Te amaba? Esa palabra me hubiera destrozado en otro tiempo el corazón, ahora me sirve de consuelo; repítela.

—Pues como te amaba apasionadamente, dije para mí: Aunque viera que el Señor la llamaba, como á San Mateo, no la dejaría ir; y aunque viera que ella quería seguirle, la sujetaría tirándole del manto, así con todas mis fuerzas. Al decir esto, dí tan fuerte refrenada al

caballo, que éste dió un bote y me tiró de un lado, poniéndome cual ves. Y gracias que no se me quedó el pie en el estribo y me arrastró por la carretera, haciéndome añicos.

Inés quedó pasmada de lo que oía y sólo supo contestar: ¡Ay Dios mío! ¡Cuán severos son tus juicios y cuán incomprensibles tus caminos!

Luego tomó la palabra y refirió su sueño á José. Este no pareció que se extrañaba de lo que Inés le refería: antes por el contrario, mostraba la misma indiferencia que una persona á quien cuentan una historia que tiene ya sabida y olvidada. Así es que no hizo más que sacar la moraleja y decirle á Inés con marcado sentimiento: Si ahora no respondes á la voz de Dios, serás inexcusable ante el tribunal divino.

Ella suspiró dulcemente, como quien se siente aliviada de la carga de un peso insoportable, y añadió: Sí, mi resolución está ya tomada.

—Y también la mía.

—¿La tuya?

—Sí, la mía; yo sólo pagaré el atrevimiento de haberle querido quitar á Dios un alma, consagrándole la mía entera.

—¿Y te harás religioso?

—Apenas me vea sano del todo.

—Pero si dicen los médicos que te han de cortar el brazo.

—¿Y tú lo crees?

—¡Yo, no! Al contrario, creía que Dios te daría la salud, apenas te conformaras con la resolución irrevocable que había yo tomado de meterme en un convento, y que venía con ánimo de comunicarte; cuanto más ahora, que tu quieres hacer lo mismo. Dios te confirme en esos santos deseos y me conceda la dicha de verte religioso.

—Ahora te exijo el secreto de cuanto te he dicho.

—Y yo te lo prometo firmemente.

José plegó sus labios y movió la cabeza con ese movimiento pesado con que parecen decir los enfermos: ¡dejadme descansar! lo cual visto por Inés le obligó á decir

—Adiós, Iosé; he cumplido un deber de conciencia y me retiro; no quiero molestarte más.

—Adios, Inés—respondió él con los ojos llenos de lágrimas.—Adiós, y si alguna vez te acordares de mí, sea sólo para encomendarme á Dios.

—Adiós, José, y si alguna vez quieres hallarme no me busques en el mundo sino cerca de un Sagrario, mezclada entre los serafines que arden en amor divino ante la presencia de Jesús Sacramentado.

—Adiós, Inés. . . . y si tú quieres encontrarme búscame en el Corazón de Jesús, donde pienso establecer mi eterna morada.

Y con esto se despidieron.



CAPITULO XVI

Aclaraciones y cabos sueltos.

ANTES de pasar adelante, debo una explicación á los lectores para que no se formen una idea equivocada de lo que fueron los amores de Inés con el conde de Valdelirios. Nadie vaya á creer que hubo entre ellos acción ni palabra, que no fuera del todo honesta, pura y santa, porque se engañaría, quien tal creyese. Sus conversaciones ordinarias eran hablar de funciones de Iglesia, de los sermones oídos ó de cosas aprendidas en la lectura espiritual: á veces se tomaban cuenta de cómo hacían la oración mental, de lo que sentían en la sagrada comunión, de las novenas que habían terminado, y de los siete domingos que hacían á San José para que les inspirara lo que debía hacer antes de tomar una resolución irrevocable.

Otras veces hablaban de las vidas de los santos, y se enamoraban de San

Eleázaro y Santa Delfina, porque en su santo matrimonio conservaron la virginidad y guardaron la pureza de cuerpo y alma. Lo mismo les pasaba al hablar de San Eduardo, rey de Inglaterra, ó de cualquier otro de los rarísimos santos que en el estado de casados ganaron la palma de vírgenes conservando intacta la hermosísima flor de la pureza: y entonces el entusiasmo de los dos llegaba á su colmo, pensando lo dichosísimos que serían, si pudieran vivir juntos de esa misma manera, ¡Mas ay! que esto no puede ser sin un grande y continuo milagro de Dios, tan continuo y tan grande que San Bernardo tiene por menor milagro el resucitar á un muerto que el conservar la pureza de dos personas de distinto sexo cuando se tratan á la continua muy familiarmente.

Hay escondida en el fondo del corazón humano una pasión misteriosa, que en determinadas ocasiones se desarrolla y crece, como crece y se desarrolla el grano plantado en las entrañas de la tierra, cuando la lluvia lo fertiliza y el sol lo calienta. Esta pasión es la del amor, indiferente en sí misma; pero noble ó vil, angelical ó diabólica, según la cosa que se ama y según la manera de amarla. Esta pasión tiene un objeto santo y grandioso, cual es la propagación del género humano sobre la tierra, y hacia

él se dirige con gran ímpetu y vehemencia, arrastrando cuanto encuentra al paso, á manerra de corriente arrebatada ó de río desbordado que salió de su cauce. Por eso es necesario de toda necesidad, encauzar á esa pasión y ponerle fuertes diques en los años de la juventud, si no queremos que arrastre hacia el abismo la inocencia, la virtud, el honor, la vida, el cuerpo y el alma de los jóvenes inexpertos. Esta pasión comienza á desarrollarse, apenas llegamos á la edad de la pubertad, y entonces es preciso que los padres redoblen la vigilancia sobre sus hijos, si no quieren verlos hechos víctimas de esa pasión, porque así como la pólvora se enciende y la cera se derrite con la presencia del fuego, así también se encienden las pasiones y se derrite el corazón humano en esa edad con la presencia ó familiaridad de personas de otro sexo.

Inés, que se había criado en los limbo de la inocencia, ignoraba estas altas verdades morales, y por esto se admiró cuando vió que sin pensar lo ni quererlo ardía en su pecho la llama de esa pasión misteriosa; y su admiración llegó al asombro y al espanto cuando sintió que su cuerpo y su alma se derretían con el calor de aquel fuego nunca de ella hasta entonces conocido; fuego que el demonio tomó por instrumen-

to de sus tentaciones, para tiznar y quemar con él aquella alma purísima, como ha quemado y tizado á millares y á millones de infortunadas hijas de Eva.

A pesar de las santas conversaciones que Inés tenía con el condesito, el demonio soplabá de vez en cuando sobre aquella pura frente algún pensamiento ruin y malo: y cuando más le atormentaban esos pensamientos era precisamente cuando rezaba sus devociones ó se ejercitaba en actos de piedad. Una noche, al hacer el examen antes de acostarse, la tentación se le presentó franca y descarada: el demonio comenzó á combatirla de frente, haciéndole sentir en su interior un descontento infernal y una vaga melancolía, que se deslizaba en el fondo de su alma como se desliza una serpiente por entre los matorrales de las selvas: imágenes desconocidas y halagüeñas vagaban por su mente representándole cosas que jamás vió ella: sombras confusas, á veces seductoras, á veces horribles, y siempre indecentes revoloteaban por su exaltada fantasía: figuras repugnantes y objetos á cual más torpes se grababan en su cabeza sin poderseles quitar de allí; sentía en sus oídos el eco de palabras seductoras y en el fondo de su ser una fuerza oculta que la empujaba hacia el pecado. Todas es-

tas sugerencias del infierno las rechazaba la pobre Inés, oprimiendo sobre su pecho el escapulario de la Virgen, y diciéndole con fervor: ¡No, Madre mía, eso no! ¡antes morir que pecar! ¡antes quiero verme amortajada, que perder mi inocencia ó la pureza de mi alma!

Pero el gusanillo de la conciencia, aquel gusanillo que tan malos ratos solía dar á Inés, le contestó esta vez con mucha amabilidad: Pues apártate del peligro, si no quieres perecer en él; desvíate del fuego, si no te quieres quemar; y al decir esto, le hizo recordar esta canción que había leído ella en una revista católica:

Fuego es para el alma casta
Un trato muy familiar;
Apártate de ese fuego,
Mira que te quemarás.

¿Mas para qué me estoy metiendo en tales honduras? ¿Para qué he penetrado en el santuario de la conciencia de Inés? ¿Para qué he descrito la pasión del amor con los peligros y tentaciones que lleva consigo? ¿Para qué he dicho yo todo esto? Pues lo he dicho precisamente para dar la voz de alerta á esas jóvenes incautas que se quedan prendadas del primero que las mira: lo he dicho para dar en rostro á esas jóvenes inmodestas que en

medio de los salones ó en mitad de una plaza pública no se avergüenzan de dejarse abrazar de jóvenes tan inmodestos como ellas, valsando vertiginosamente con afrenta de la honestidad y de las buenas costumbres: lo he dicho, para avergonzar á esos padres bobalicones que llevan á sus hijas al baile, donde cualquier danzante puede con su brazo rodear la cintura de ella y estrecharla fuertemente, haciéndola dar vueltas al son de los rapidísimos compases de una polka (ó de una *puerca*, que no sé como se llama); lo he dicho, en fin, para afrenta de esas madres insensatas que permiten á sus hijas conversar libremente y á solas con el joven que pretende su mano. ¡Ay padres y madres! ¡Cuántas deshonras han salido de esas conversaciones! ¡Cuántos escándalos de esos bailes! ¡Cuántos desórdenes de esas danzas! ¡Cuánto pecado de esa horrible indiferencia vuestra! Si con el roce de un cuerpo humano se encienden las pasiones, como el fósforo con el roce de un cuerpo áspero, ¿á donde llegará el ardor impuro en que se abrasarán esas hijas vuestras metidas en medio de un baile? ¡Necios! ¿Y una vez prendido el fuego lo queréis atajar; y os quejáis, si no podéis hacerlo? ¿Cuánto mejor fuera no poner vuestras hijas al lado de esa llama que las tizna y obscurece la hermosura de

sus almas? Quitad la causa, si no queréis lamentar sus efectos. Alejad á vuestras hijas de las danzas lúbricas, de los bailes provocativos y de los festejos y cortejos prematuros ó fuera de tiempo; inculcadles el amor á la pureza santa, para que no tengan (como tienen tantas el día de hoy) un alma fea y asquerosa encerrada en un cuerpo hermoso.

No perteneció Inés á este desgraciado número, porque siempre conservó el candor de su alma con exquisito cuidado, y le bastó sentir dos ó tres veces la tentación referida, para tomar la resolución de despedir al conde y renovar el propósito que tenía de consagrarse á Dios en cuerpo y alma. Lo que no pudieron con ella los remordimientos de su conciencia, ni las murmuraciones del mundo, ni los consejos de Flora, ni la carta de su director, pudo una tentación contra la santa pureza. Tanto amaba esa celestial virtud, y tan bien le sentaba el nombre que le hemos dado de Amante de la Virginitad ó Lirio de este valle de lágrimas.

Inés se confirmó más y más en la resolución que había tomado, desde el momento en que vió realizado su sueño en la persona del condesito; y la puso en práctica despidiéndose de él en la forma que vimos en el capítulo anterior.

No era entonces Inés ni perfecta ni santa, pero tampoco podía ser llamada mala ni pecadora, pues por dicha suya no lo fué nunca. Podemos, no obstante, decir que á la sazón era una joven mundana, porque estaba unida al mundo por un lazo difícil de romper, cual es el de la vanidad ó ansia de figurar; y además profesaba las perniciosas teorías de tolerancia, de condescendencia y de atracción mundana que en ella hemos observado.

Por desgracia, contradecía la práctica á la teoría, pues ella en vez de atraer era atrída por la vanidad del mundo, por esa vanidad que se alimenta de bagatelas y futilidades y que tan poderosa influencia ejerce en el ánimo de la juventud. Atraída por esa fuerza seductora del mundo, corría Inés sin desconfianza alguna hacia el enemigo de su dicha, sin sospechar siquiera los lazos en que la envolvía y enredaba el mundo, ese mundo reprobado y funesto de que habla el Evangelio, mundo que nos seduce, nos cautiva, nos engaña y nos ciega, adulando nuestras pasiones para después perdernos con mayor seguridad. Cuando Inés se vió, casi sin darse cuenta, convertida en una joven mundana, conoció su engaño, y quiso salir de él, pero no tenía valor para resolverse á romper aquellos lazos tan dulces para ella, y es-

tuvo resistiendo á la gracia divina, y ahogando la voz de su conciencia, hasta que el triste suceso del conde, unido á su misterioso sueño, la hicieron renovar su propósito de consagrarse toda á Dios.

Aquel que conozca la humana fragilidad ó que sepa los esfuerzos que necesita la gracia divina para obtener sobre el alma una completa victoria, no se maravillará ciertamente de los tropezones, caídas y faltas de Inés: antes bien se maravillará de que así no fuera, porque, en hecho de verdad, un solo hombre ha existido en la tierra que fuera impecable por naturaleza, y esto porque sin dejar de ser hombre, era también Dios; era y es el Santo de los santos, Justo por excelencia, el Hijo unigénito del Altísimo. Y además de El, sólo ha existido una mujer en el mundo que, por singularísimo privilegio, no contrajo pecado, ni cometió falta, defecto ó imperfección alguna; mujer, cuya purísima inocencia y candidísima vestidura no fué manchada ni por el mas leve átomo de menudo polvo, y esta fué la que veneramos con el glorioso título de Inmaculada.

Los demás mortales, todos han sido manchados con la culpa original, todos han sentido peligrosas inclinaciones, todos han tropezado y caído en falta más ó menos graves, todos han tenido que

pelear con el demonio, padre de la mentira, todos han experimentado la lucha del mundo, enemigo del hombre; todos han tenido que combatir las pasiones de la carne, que con su peso corruptible agrava al alma; todos y todas han sido heridos en esos recios combates y en esas luchas espirituales antes de conseguir la victoria y empuñar la palma del triunfo; ¿qué extraño es, pues, que Inés hubiera tenido las mismas vicisitudes que todos tenemos? Pero si tuvo, en el camino que recorrió, sus pequeñas caídas, fué para levantarse de ellas con ánimo más esforzado; y si tuvo algunas faltas de correspondencia á la gracia y vocación divina, las expió después con heroica penitencia dejando á las de su clase un grande ejemplo que imitar, como veremos en lo restante de esta historia.



CAPITULO XVII

El se despide de ella, y ella del mundo.

EL tren correo que va de Huelva á Madrid llegaba á Sevilla una hermosa mañana de Agosto, cuando el sol lucía en el cielo su resplandeciente carro. Al pasar el grandioso puente que está sobre el Guadalquivir para entrar en la estación de la Plaza de Armas, la máquina acortó el paso y comenzó á silbar, anunciando la llegada. El andén estaba lleno de personas que esperaban á los viajeros procedentes de Extremadura, y de familias que iban á despedirse de los viajeros que en el mismo tren salían para Madrid. Allí estaban entre ellos todos los personajes de nuestra historia, que habían salido á dar el adiós de despedida al condesito de Valdelirios, que por prescripción facultativa marchaba á tomar las aguas de Panticosa.

Había curado ya perfectamente de la rotura del brazo; mas era tan grande la debilidad que se apoderó de él, que los médicos temieron que degenerara en tisis, y le mandaron para reponerse, que fuera á tomar los célebres baños que hemos dicho. Unos cuantos baúles, ya facturados contenían su equipaje, alrededor del cual velaba con diligencia el criado Nicéforo que había de acompañarle en el viaje. Agustín con su familia, y la condesa con su hija esperaban la hora de marcha para despedir á José; pero ella, con ese instinto propio del corazón de una madre, notó en su semblante una cosa que nadie más que Inés había notado. Vaya José—le dijo—no estés triste, hijo mío, que esta ausencia es cosa de quince ó veinte días: Cuando te ibas á estudiar no te ponías tan triste como ahora: ¿qué te pasa?

—Nada, mamá, que como quiero á V. tanto me da pena separarme.

La condesa, al oír esto, tuvo que hacerse bastante violencia para no dar un beso á su hijo delante de la gente. Y después añadió sonriéndose:

—Vamos, no seas niño, que parece que vas para no volver.

—¿Y quién sabe? ¿Quién sabe si no volveré?

Esto lo dijo José entre dientes á tiempo que se apartaba de su madre para

saludar á Jacinto que llegaba entonces; así fué que la condesa no hizo caso de ello.

Entre tanto llegó la hora de la marcha y la ronca voz del silbato se confundía con el eco de la campana de la estación y con el grito de *Señores viajeros arren* que daba un empleado á quien la pronunciación acusaba de verdadero andaluz. Mientras los pasajeros corrían á ocupar los asientos, el condesito pasó por el lado de Inés y le dijo muy quedo, y con un dolor que parecía partirsele el corazón: ¡Adiós! y que El recibía en su misericordia este doloroso sacrificio: hasta ahora no sabía cuánto te amaba. ¡Adiós para siempre!

—¡Adiós!—le contestó Inés muy conmovida.—¡Adiós, y hasta el cielo!

—¡No, hasta el cielo, no! Tengo un vago presentimiento de que hemos de vernos antes de juntarnos para siempre en la patria bienaventurada.

José se colocó de un salto en el estribo de un coche de primera que ocupaban ya doña Fernanda, la condesa y otras personas de la familia. Todos se bajaron apresuradamente, porque el tren se disponía á marchar, y sólo quedaron en el departamento Nicéforo y su amo. Por fin arrancó la máquina, y José desde la ventanilla agitaba la mano en señal de despedida, correspondiendo al saludo

que le hacían los que en el andén quedaban, y así permanecieron unos y otros hasta que el tren desapareció internándose por la curva que forma la línea, para salir frente á la Macarena.

Dejemos á nuestro joven caminando hacia Panticosa, y volvamos á las dos familias que fueron á despedirlo. Ambas quisieron retirarse á sus casas, pero Inés se opuso diciendo: Déjennos ustedes uno de los coches y Concepción, Prudencia y yo iremos á dar un paseo por la orilla del río para disipar la tristeza.

Convino Agustín en ello, y las dos amigas, acompañadas de la Sra. Prudencia, partieron en su coche; pasaron por delante del puente de Triana, dejaron atrás la Torre del Oro, llegaron al palacio de San Telmo y se internaron por los paseos de las Delicias. Inés hacía ya algunos días que sentía en su pecho una tristeza sauta, hija de las voluntarias privaciones que se había impuesto á sí misma, durante la enfermedad del conde. Unido esto á la triste despedida que acababa de sufrir sintió decaimiento de ánimo, y necesidad de respirar el aire libre.

Son por lo común los hijos de Andalucía, y más que todos los sevillanos, de un carácter impresionable, y muy sensibles á las bellezas físicas y mora-

les; Inés pertenecía á este dichoso número de almas sensibles, y esperaba que la alegre perspectiva de las montañas, el aroma de las flores, el verdor de los árboles, y el aire libre del campo iban á devolver á su alma la perdida alegría.

Adelantábase el coche por la orilla del Guadalquivir hacia las dehesas y campos de Tablada, y la pobre Inés se quedaba sorprendida, viendo que la hermosura y maravillas de aquel paisaje no alegraba su corazón como otras veces. Tendía su vista por la fertilísima llanura, la dirigió hacia las colinas donde descansen Castilleja de Guzman y San Juan de Aznalfarache, miró luego las lejanas montañas de sierra morena que se confunden con el horizonte por la parte del Norte y del Oriente; fijó sus ojos en los rayos del sol que parecían caer perpendiculares sobre los picos más altos de las serranías de Morón y Ronda; los tendió de nuevo por la espaciosa campiña, observando los cien barcos que por el río navegaban; vió el humo que arrojaban las chimeneas de unos, y las blancas velas de otros que impulsados por la brisa boñancible cortaban lentamente las aguas; oía el cantar del marinero, mezclado con el gorjeo de infinitas aves que anidan en las orillas del Betis; y tanta belleza junta, y tanta poesía amontonada, no alegró esta vez su co-

razón. Antes, al contrario, todo aquello le pareció á Inés triste y descolorido, todo le pareció que estaba prediciéndole la pequeñez de las cosas del mundo y el desprecio que merecen. Esto causó en su alma una impresión viva y profunda que le hizo sentir por primera vez en su vida un efecto no sentido jamás: el tedio; pero lo sintió tan fuerte que estuvo á punto de prorrumpir con el Santo Job en este sublime lamento: "Taedet animan mean vitae meae."

Bajo la inspiración de la gracia, lo mismo que bajo el peso de un infortunio cualquiera, siente el corazón humano una imperiosa necesidad de apartarse de su semejante para recogerse á solas, concentrarse y meditar, siendo este un fenómeno que hallamos siempre en la vida de todos los santos y de las almas justas. Hablando Dios por un profeta (1), del alma que elige para sí, dice que la llevará á la soledad y allí le hablará al corazón. Por eso vemos que cuando El escoge á un alma para hacer de ella un modelo de virtud, la aparta del mundo y la lleva á un retiro silencioso, para que allí, lejos del tumulto del siglo, oiga sus palabras y escuche su

[1] Oseas II, 14.

voz, la cual, aunque fuera tan potente como un trueno, no sería bien oída entre el bullicio y estruendo del mundo.

Inés sintió también esa necesidad imperiosa de apartarse de las gentes, y mandó al cochero que volviera para casa. Cuando entraron en la ciudad toda ella seguía su curso ordinario y su ordinario movimiento; y no obstante á Inés le pareció desierta, porque sentía en su alma una cosa que á falta de nombre que darle me atrevo á llamarla soledad de las ciudades. Sola estaba ella en realidad, porque á pesar de ir acompañada y hallarse en medio de la populosa Sevilla, las impresiones de su corazón la aislaban por completo del mundo, cual si fuera extranjero en su pueblo natal.

El coche corría presuroso por las calles de Sevilla, pasó por la plaza de la Gavidia, cruzó la de San Lorenzo, y siguiendo la calle de Santa Clara se paró en la puerta del convento de las Reparadoras. Bajáronse las paseantes para hacer una visita al Santísimo Sacramento, que estas religiosas tienen expuesto todo el día, y allí derramó Inés su corazón en la presencia de Dios. Habló después con la Madre Superiora, y pareció que recobraba su habitual alegría. Llegaron por fin á casa donde las esperaban con impaciencia para almorzar, y en ese mismo acto obtuvo licencia de su

padre para retirarse por diez ó doce días á hacer ejercicios espirituales al convento que acaba de visitar. Agustín no puso en ello grande obstáculo, porque le pareció que tenía asegurada la partida; y que el fin de los ejercicios de Inés coincidiría con la vuelta del condesito. ¡Cuánto se engañó! ¡Qué falaces son los juicios humanos!

Obtenida la licencia paterna, quiso Inés, antes de retirarse á los ejercicios, reunir á sus amigas en una tertulia de confianza. Convocó á todas las que componían el piadoso círculo de *Caridad elegante*, á las cuales recibió con suma cortesía, las convidó después á tomar un dulce ó un refresco, y las trató con regia munificencia. Allí abdicó la presidencia del círculo en su amiga Concepción, agradeció á todos el bien que le habían hecho, y les anunció que iba á retirarse por un poco de tiempo á la vida privada. Se despidió de ellas repitiendo que no contasen con ella para ningún acto público; pero que si alguna necesitaba privadamente, podía buscarla con toda confianza en el retiro de su casa, ó en la soledad del convento, donde iba á pasar los diez días de ejercicios.

Grande extrañeza causó este fenómeno en las amigas de Inés, y la que más y la que menos salió de allí haciendo

comentarios poco favorables á nuestra heroína.

—¿Si estará la pobre chiflada?

—No sé; pero como ha entrado la luna nueva . . .

—¡Calla! ¿si le daría José calabazas antes de irse?

—¡Mira, todo puede ser!

—¿Si se convertiría en el sermón del otro día?

Estos y otros por el estilo eran los comentarios que de ella hacían aquellas jóvenes que poco antes la ensalzaban. ¿Quién no conoce por aquí lo fútil de las alabanzas ó vituperios del mundo? ¿Y quién se fiará de ese tirano más mudable que el viento?

En fin, Inés se retiró al convento de las Reparatrices, y allí pasó quince días, que para ella fueron de gloria, porque Dios inundó aquella alma con un torrente de gracias celestiales. Horas enteras se estaba arrodillada ante la dulce presencia de Jesús sacramentado, suspirando ardientemente y pidiéndole con amargo lloro perdón de los dos años gastados en la disipación y en las vanidades de la tierra.

Cuando salía de la oración se le veía pálida y rendida, como si hubiera trabajado más de lo que sus fuerzas le permitían; pero su corazón estaba lleno de gozo espiritual, y tan lleno, que para

darlo á conocer empleaba la frase que dijo en cierta ocasión el Serafín de Asís: "¡He hallado un tesoro! ¡He hallado un tesoro!" Esta era la respuesta que daba, cada vez que la Madre Consolación le preguntaba cómo le iba en los santos ejercicios. Llegó el último día de ellos y nuestra joven, mudada toda y transformada interiormente, volvió á su casa donde pasaron cosas gordas y muy raras, tan gordas y raras, que nos van á dar materia para el capítulo siguiente.



CAPITULO XVIII

De cómo se escondió José donde nadie lo pudo hallar.

EL mismo día que Inés llegó á su casa, llegó también Nicéforo de vuelta de los baños á casa de la condesa. Venía solo, sin el condesito, pero con una carta de éste para su madre. Aunque José le había escrito ya diciéndole que pensaba enviar á Nicéforo delante y detenerse él en San Sebastián unos días, la condesa sospechó que aquella detención era misteriosa, y temió por su hijo. Hizo al criado mil preguntas y todas confirmaban su sospecha. Abrió la carta que Nicéforo le había traído, y vió que entre otras cosas le decía su hijo:

"Mamá, no te apures; sé que mi ausencia te será penosa, pero un deber imperioso de conciencia me obliga á obrar así. No te apures ni pases cuidado por mí, pues vivo bajo la amorosa vigilancia del Padre celestial, y me acompaña